

GRANDES FIGURAS MILITARES DE LA HISTORIA DE ESPAÑA



250 ANIVERSARIO DEL NACIMIENTO DEL CAPITÁN DAOIZ

Ismael Fernández de la Carrera. Teniente coronel. Artillería

Cuando se cumplen 250 años del nacimiento, allá por el 10 de febrero de 1767, del insigne capitán del Cuerpo de Artillería D. Luis Daoiz y Torres, es justo dedicarle una reseña en nuestra Revista para rendir un modesto homenaje a uno de los héroes más importantes de nuestra historia moderna. Esta reseña se suma a los distintos actos castrenses que se están realizando con motivo de tal efeméride.

Luis Daoiz viene al mundo en el seno de una familia aristocrática asentada en el casco antiguo sevillano, en la hacienda familiar de la calle del Horno (cercana a la actual calle Cardenal Spínola), próxima a la Plaza de la Gavidia donde se levanta un majestuoso monumento dedicado

al capitán. Su madre fue doña Francisca Torres y Ponce de León, hija de los condes de Miraflores (miembros de la Casa de Arcos y Señores de Mairena) y su padre fue don Martín Daoiz, de estirpe originaria de la localidad navarra de Aoiz, muy vinculada a los ejércitos reales desde tiempos de los Reyes Católicos y con amplias posesiones y latifundios en el sur de Andalucía.

Luis Daoiz cursa sus estudios elementales y primarios en varios centros religiosos sevillanos y, a la edad de 15 años, le plantea a su padre el deseo de pertenecer al noble Cuerpo de Artillería para así formarse y ofrecer a la Patria todo su valor y lealtad. En 1782 ingresa como cadete en el Real Colegio de Artillería de Segovia destacando

en todas las asignaturas militares, técnicas y científicas para graduarse como alférez. En 1790, con el grado de subteniente, participó como voluntario en la defensa de la ciudad de Ceuta y de Orán, dos graves episodios a los que se enfrentó nuestro monarca, por entonces Carlos IV. En 1792 con 21 años, y como recompensa a sus méritos militares, es ascendido al empleo de teniente de Artillería. En 1794 se encuentra destinado en el ejército de Cataluña y participa en la Guerra del Rosellón (o Guerra de los Pirineos que enfrentó a la monarquía borbónica de Carlos IV de España y a la primera República Francesa entre 1793 y 1795) y es capturado prisionero permaneciendo en Toulouse hasta que, firmada en 1795 la Paz de Basilea que puso fin a la contienda, fue liberado. Curiosamente durante su cautiverio y dado que los revolucionarios franceses eran conocedores de su valía como oficial artillero, sus conocimientos científicos y de varias lenguas, se le propuso alistarse en el



Monumento al capitán Don Luis Daoiz en la plaza de la Gavidia de Sevilla

bando revolucionario francés, proposición que fue radicalmente rechazada pues su único anhelo era volver a su Patria para ofrecerle sus servicios.

Tras estos episodios vuelve a El Puerto de Santa María en plena reorganización de la Armada española y se le designa como «oficial agregado» para completar la dotación de varios navíos reales y así de nuevo da muestras de su valor en 1797 al dirigir una pequeña escuadra durante el sitio de Cádiz para atacar parte de la flota del almirante Nelson. Posteriormente hizo dos viajes expedicionarios a América incorporado como oficial en el navío *San Ildefonso* (navío de línea con 74 cañones entre cuyas cureñas nuestro insigne personaje adiestraba e instruía a las dotaciones de marineros). Asciende a capitán en 1800, pasando destinado al 3er Regimiento de Artillería con guarnición en Sevilla, de nuevo sobresaliendo como un íntegro y valedor oficial a la vez que demostraba sus capacidades técnicas y científicas en el diseño y desarrollo de varias piezas ligeras de artillería. Cuando en 1807 su regimiento es desplazado a reforzar la capital del reino, Daoiz se ofrece como voluntario para mandar el destacamento del Parque de Artillería sito en el palacio del Duque de Monteleón (en la actual Plaza del Dos de Mayo).

A partir de aquí podemos encontrar muchos relatos que ilustran y dignifican lo ocurrido durante los primeros meses de 1808, pero lo protagonizado por los capitanes Luis Daoiz y Pedro Velarde posiblemente sea de las gestas más honrosas y épicas que nuestra historia puede recordar.

El conocido como «Tratado de Fontainebleau» (firmado el 27 de octubre de 1807 en la ciudad francesa de ese nombre por Manuel Godoy, valido del rey de España Carlos IV de Borbón, y Napoleón I Bonaparte, emperador de los franceses) permitió al ejército imperial de Napoleón atravesar España para hacerse con Portugal, a la sazón aliado de Inglaterra, dando pie a lo que la historiografía española ha denominado Guerra de la Independencia y los ingleses la Guerra Peninsular. Y es aquí donde Daoiz, con 41 años, destinado en Madrid y conocedor de la situación y de la invasión francesa liderada por el mariscal Murat y de los acuerdos franceses contra el rey Carlos IV, comienza a aglutinar a un, cada vez más, numeroso grupo de oficiales y soldados



Antigua puerta del Parque de Montealeón, actualmente monumento dedicado los capitanes Daoiz y Velarde

fieles a sus principios patrióticos como bastiones frente al invasor napoleónico. Junto con su compañero cántabro el capitán Pedro Velarde, de 29 años, organizó un levantamiento general y un plan militar de defensa de la villa de Madrid que no se materializó inicialmente por no contar con el apoyo del teniente general Gonzalo O'Farril y Herrera, a la sazón ministro de la Guerra y conocido afrancesado.

EL comandante del Parque de Artillería Luis Daoiz compartía destacamento con 4 oficiales, 3 suboficiales y 10 artilleros auxiliares además de haber aceptado también el asiento de unos 80 soldados franceses en el parque. Animado por la sublevación popular y con la excusa de defender el parque, Velarde se dirigió allí con una compañía del Batallón de Voluntarios del Estado y se encontró rodeado por una multitud de paisanos, que insultaba a los franceses y exigía a los soldados españoles de Daoiz la entrega de armas. A pesar de la lealtad que le obligaba

a acatar las órdenes recibidas de no entregar las armas ni la munición, tras ver la reacción popular decide rectificar y a partir de ese momento, junto con Velarde, manifestarse en rebeldía respecto de su mando jerárquico para luchar con el pueblo madrileño contra los franceses y así, entraron en la historia.

En la jornada del 2 de mayo, cuando se produjeron los primeros ataques del ejército napoleónico contra el pueblo madrileño, el Parque de Artillería de Montealeón abre sus puertas y su responsable, el capitán Daoiz, permitió que entrara el pueblo para proveerse de armas y luchar al lado de Pedro Velarde y sus hombres. La lucha en este cuartel duró unas tres horas durante las que Daoiz se situó en la puerta, dirigiendo una batería de cuatro cañones que, gracias al asentamiento y a su puntería, lograron frenar las oleadas iniciales de la infantería francesa, causándoles muchísimas bajas. Pero combatían frente a fuerzas diez veces superiores. Baste decir que en

torno a Madrid las fuerzas leales españolas eran en torno a los 5.500 hombres, fundamentalmente acuartelados fuera de la ciudad, y los franceses unos 41.000, situados en el casco urbano y alrededores. La situación se tornó en dramática y las municiones empezaron a escasear. La suerte estaba escrita ya con tinta negra. Herido de gravedad, Daoiz intentó seguir la defensa, pero falleció a consecuencia de las heridas. Tal y como se recoge en uno de los Episodios Nacionales de Galdós, «Daoiz fue alcanzado por la espalda a bayoneta calada y posteriormente acribillado a estocadas». El capitán cántabro Velarde también murió y su cuerpo profanado por el enemigo y el teniente de Infantería Jacinto Ruiz, que los acompañó en la lucha, también pereció unos días más tarde en Extremadura a consecuencia de las graves heridas que recibió.

El 2 de mayo de 1814, los restos de Daoiz y Velarde son trasladados a la Real Colegiata de San Isidro el Real (en la calle de Toledo) en homenaje a su heroico y honroso sacrificio. Hoy reposan en el magnífico monumento que en su

memoria se erige en el Paseo del Prado y frente al que en el día de la Fiesta Nacional, se rinden honores a todos los caídos por España. Los dos leones de bronce del escultor Ponciano Ponzano que vigilan la solemne escalera de entrada principal del Congreso de los Diputados en Madrid, fundidos en la Real Fábrica de Artillería de Sevilla con cañones capturados en la Guerra de África, en la batalla de Uad Ras en 1860, reciben los nombres de «Daoiz y Velarde» en memoria a aquellos militares españoles. Asimismo, cabe destacar el monumento que en recuerdo de los dos principales baluartes de la resistencia del 2 de mayo se levantó en la plaza de acceso al Alcázar de Segovia. Las primitivas urnas funerarias de los capitanes Daoiz y Velarde y algunas de las piezas artilleras, que tomaron parte en la defensa del Parque de Montealeón, pueden contemplarse hoy en el actual Museo del Ejército junto a otros recuerdos de los héroes de la Guerra de la Independencia como la casaca de Daoiz, una vez recompuesta, que se puede ver junto con la de Velarde en el Museo del Ejército en Toledo.■

S.M. EL REY CARLOS III. MÁS DE TRES SIGLOS DEL NACIMIENTO DEL REY «ILUSTRADO»

Alfonso de Villagómez. Escritor

Carlos III nació en el Real Alcázar de Madrid el 20 de enero de 1716. El año pasado se celebró, es verdad que sin actos de especial relevancia, los tres siglos de su nacimiento. Carlos fue el primer hijo de Felipe V con su segunda esposa, Isabel de Farnesio.

El joven infante don Carlos de Borbón y Farnesio sirvió de peón estratégico europeo de Felipe V encaminado a recuperar la influencia española en Italia, perdida por el Tratado de Utrecht en 1713. En 1731 don Carlos recibió la herencia inicial de los ducados farnesios de Parma y Toscana y en 1734 los reinos de Nápoles y Sicilia. En 1738 contrajo matrimonio con la princesa María Amalia de Sajonia hija del rey de

Polonia y príncipe electo de Sajonia que sería su esposa de por vida.

Con el nombre de Carlos VII de Nápoles gobernó la corona de las Dos Sicilias desde 1734 hasta 1759 cuando ocupó el trono de España y las Indias; 25 años de fructífero reinado donde manifestó su interés por la cultura, la historia, el urbanismo, la ciencia, la economía productiva y por las órdenes de caballería. Quizá no es muy conocido que la excavación sistemática y el estudio de las ciudades sepultadas por el Vesubio de Pompeya y Herculano, entre otras, la ordenó Carlos VII.

Por lo tanto, S.M. el rey Carlos III accedió al trono español con una importante experiencia